

El guapo del Rancho K * Por Buddy Roosevelt



25 cénts.

BIBLIOTECA TREBOL
Publicación semanal

Núm. 87

BIBLIOTECA TREBOL

RECKLESS COURAGE 1925
24-2-28 MONUMENTAL

EL GUAPO DEL RANCHO K

POR .

BUDDY ROOSEVELT

PROGRAMA ESPECIAL VERDAGUER

J

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
PARÍS, 204. - BARCELONA

El guapo del Rancho K

PERSONAJES

<i>Jaspert Bayne</i>	J. C. Fowler.
<i>Doris Bryne</i>	Helen Foster.
<i>Degan</i>	Jack O brien.
<i>Buddy Keenan, el guapo del Rancho K</i> . . .	Buddy Roosevelt.
<i>Parker</i>	Eddie Barry.
<i>Jim Allen</i>	Jay Morley.

Jasper Bayne, uno de los comerciantes en piedras preciosas más importante de California daba a su negocio tan gran importancia, que realizaba operaciones fabulosas con la mayor naturalidad. Como hombre experimentado sabía que una de las pérdidas más grandes de su negocio consistía precisamente en el extravío de las piedras, y para evitar esta merma en sus ganancias, había establecido un servicio aéreo para mayor seguridad, pues por las alturas aún no han podido operar los ladrones que tienen su radio de acción tan ilimitado, que operan con relativa tranquilidad en los ferrocarriles.

rriles, hoteles, grandes trasatlánticos, etc., etc.

Otra particularidad ofrecía la actuación comercial de Jasper Bayne y es que tenía en su hija, Doris Bayne, la mejor y más entusiasta de sus colaboradoras. La niña, de suyo muy hermosa, no tenía capricho que le fuera negado por su padre, y cuando la muy mimada solicitó que le dejaran sacar el diploma de aviadora, el padre accedió, y después de unos cuantos tumbos y volteretas y de alguna que otra ala rota, pasó sus exámenes para obtener el codiciado "brevet" que la permitiera cruzar los aires. Como es natural, el bondadoso padre premió la aplicación y amor al trabajo de su hija regalándole un magnífico aparato monoplano de carreras con motor Rolls, que alcanzaba velocidades fantásticas con pasmosa seguridad.

Conociendo tan preciosos y terminantes antecedentes sobre la personalidad de Jasper Bayne y de su linda hija no nos extrañará que al penetrar en la regia mansión del magnate de las piedras preciosas, le encontremos en su despacho discutiendo con su hija, que está monísima con su traje de aviadora, que enlaza sus naturales encantos ciñéndose al cuerpo y



*Doris llega a la hacienda acompañada por
Buddy*

da marco a su bella cara el casco de surcadora del aire. La conversación es interesante:

—Hija mía, esta operación de entrega de los brillantes es de la mayor importancia para el crédito de nuestra casa. Quiero que de ella se encargue el piloto...

—Pero, papá, ¿por qué si soy tan experta aviadora como él?

—Hija mía, por la sencilla razón de que has de atravesar un terreno poco apropiado para

aterrizar, puesto que todo él está poblado de haciendas ganaderas y me temo que te pudiera ocurrir algún percance que pusiera en peligro tu vida que es lo más querido para mí, y se malograra de paso la entrega de las preciosas piedras, que están valoradas en más de tres millones de dólares...

—Papá, me ofende tu falta de confianza en tu hijita querida—dijo Doris, colmando de mimos al autor de sus días...

—Bueno—dijo Jasper, dejándose convencer—acepto que verifiques tú la entrega, pero ten presente que nuestra salvación o nuestra ruina depende de esta operación trascendental para nuestra vida mercantil.

—Confía en mí, papá, y no olvides que el aparato reúne excelentes condiciones para un vuelo sin escalas.

Despidióse Pasper de su hija, que tomó rápidamente la dirección del aerodromo, donde tenía depositado su aparato. Lo revisó detenidamente, y con el estuche que contenía las piedras depositado en su baquet, dió marcha al motor y despegó graciosamente, trazando un círculo, para remontarse a fin de tomar ya en línea recta el rumbo que debía seguir hasta

llegar a la población donde debía efectuar la entrega.

Más no había salido de su casa la intrépida joven, cuando un criado que habían tomado desde pocos días a su servicio, tomó el teléfono y comunicó con sus cómplices...

Degan, que así se llama el desleal criado, una vez obtenida la deseada comunicación con sus cómplices, les dice:

—La señorita acaba de salir en el aeroplano y lleva las piedras que valen una fortuna...

—¿Qué rumbo ha tomado?

—Sud-Oeste con ligera inclinación hacia el mar, remontándose a unos mil quinientos metros para encontrar viento favorable.

—Corre, ven a reunirme con nosotros, que ya tenemos nuestro avión dispuesto para darla caza.

Así era en efecto, los bandidos que telefoneaban desde el hangar, tenían su aparato dispuesto. Sólo esperaban que se les reuniera Degan, y en cuanto éste llegó, hicieron roncar su motor y eleváronse cual aves de rapiña en el inmenso espacio. Tal vez iba a ser la primera vez que un robo de tal audacia iba a consumarse en las alturas para mayor escarnio de la

hasta hace poco inexplorada bóveda celeste, cuyo augusto silencio turban ahora los pájaros metálicos tan a menudo.

Pero dejémonos de filosofía de mil metros para arriba y veamos qué es lo que va a pasar, que será por demás interesante.

Doris, que había logrado alcanzar la altura deseada, navegaba por el espacio con la potencia de su motor y en un ligero viento favorable que la empujaba dulcemente, ahorrando esfuerzo de motor que trabajaba normalmente. Era un Rolls estupendo que pistoneaba con una regularidad sorprendente. Cerca de sí tenía el estuche con las joyas y la serenidad más completa se reflejaba en el rostro de la joven.

Sin embargo, poco podía presumir que algunos miles de metros a popa de su aparato, otro avión la seguía disminuyendo la distancia que les separaba. Era el avión que usaban los ladrones, un aparato de tipo bombardeo adquirido en una venta de saldos de la guerra, pero habían descubierto que el motor era una maravilla. En efecto, como casi todos los aparatos de campaña, sometidos a rudo trabajo, llevaba un 300 caballos Hispano Suiza que comunicaba al aparato una velocidad fantástica, tan-



Trataban de hacerle revelar donde estaban ocultas las piedras

to, que en el momento que divisaron como un punto en el espacio el avión de la joven, forzaron el motor y alcanzaron la alucinante velocidad de 200 kilómetros por hora, que mantenían sin interrupción gracias a la bondad del motor.

Diríase que aquel aparato que desde los campos de batalla de Francia había sido trasladado a los EE. UU. para su venta y que tan excelentes servicios había prestado en el ejército francés, diríase que se acordaba de su bri-

llante pasado y trataba de repetir sus hazañas. Su velocidad era verdaderamente increíble y poco tardó en llegar a la altura del de la joven, que sin inquietarse por no sospechar ni remotamente de lo que trataba, dejó que se aproximara.

El plan de los audaces ladrones iba, pues, por buen camino. Cerniéronse sobre su presa ni más ni menos que gavilanes de los aires y cuando se hallaron exactamente encima de su víctima, manteniendo la misma velocidad que el avión de la joven, desplegaron una escalera de cuerda por la que descendió Degan con agilidad de mono. Pistola en mano, al hallarse en la carlinga del avión de Doris, la pidió el estuche. No se avino la joven a entregarlo tan resignadamente y en la lucha, el estuche objeto de la misma cayó encima de la borda desde una respetable altura... y luego veremos dónde cayó...

Los bandidos, al ver que habían perdido su presa, remontáronse de nuevo, después de haber recogido a bordo al famoso Degan, que juraba y maldecía que él había de recuperar el estuche costara lo que costara. Doris tampoco se resignaba de modo que inclinando su

aparato empezó a descender vertiginosamente. Al darse cuenta de la maniobra, trataron de imitarle los ladrones fiados en la velocidad del aparato, pero como hallábanse a mayor altura y la joven les había tomado la iniciativa, tardaron unos minutos más en aterrizar. Al hallarse en tierra firme Doris corrió hacia el lugar donde a ella le parecía había podido caer el estuche y empezó a recorrer los parajes sobre los que calculaba hallarse al efectuar el vuelo. No andaba muy desorientada. Doris porque se acercaba por momentos al sitio donde había caído el estuche. Sus adversarios, los bandidos, andaban más desorientados porque atentos a la arriesgada operación que habían realizado no pudieron darse cuenta del sitio donde había caído el estuche valioso.

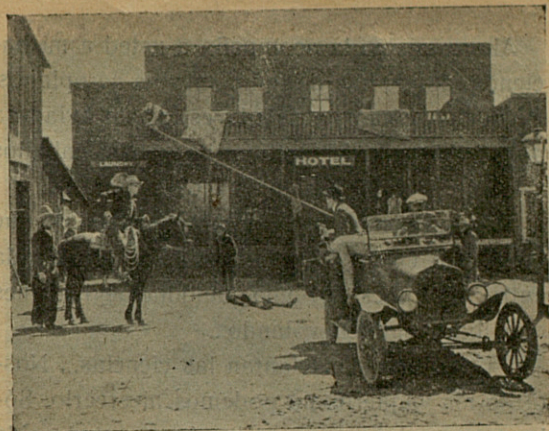
Mas sepamos de una vez donde había caído el estuche al desprenderse de manos de Degan al luchar éste con la joven. Para ello hemos de presentar a uno de los personajes más interesantes de esta narración. Buddy Keenan, a quien llaman "el guapo del rancho K", es un vaquero que reúne todas las cualidades apetecibles en un hombre. Joven, guapo y fuerte, amigo de sus amigos y partidario siempre de la

justicia y del deber. Este fué el que, mientras se hallaba recorriendo a caballo su demarcación recibió en forma de obús sobre su pescuezo el estuche con las preciosas piedras. Su primer gesto fué sacar la pistola, mas al no ver a su enemigo no creyó que hubiera caído de las nubes, pero lo guardó, rascándose el chichón que le había producido el raro proyectil.

Doris, que seguía el rastro del estuche, comprendió que era Buddy quien lo había recogido, pues nadie más se hallaba por aquellos lugares, y se dedicó a espiarle. Notó cómo el joven detenía el caballo, abría el estuche y examinaba los brillantes. Como Doris no conocía a Buddy, sospechó inmediatamente que era uno de los bandidos, y que por estar en combinación con ellos, había podido apoderarse del estuche. Doris, pistola en mano, plantóse en mitad del camino que seguía Boddy y le dijo resueltamente.

—Joven deme usted esta caja que lleva...

—No tengo ningún inconveniente—dijo Buddy con una sonrisa que desconcertó a la joven—. Pero, ¿y a mí quién me paga el ungüento que necesito para curarme el chichón?



Trataron de llevarse a la joven en nn auto...

—No comprendo sus palabras, joven. ¿No es usted un bandido?...

—Yo un bandido—dijo Buddy—. Acaso usted lo sería mejor que yo porque tiene usted unos ojos asesinos y una mirada que roba el corazón...

La joven guardó el revólver al ver que nada había de temer de aquel vaquero y le dijo:

—Si verdaderamente es usted hombre de bien y no bandido, acompáñeme donde pueda descansar y se encuentre un teléfono para comunicarse con mi padre.

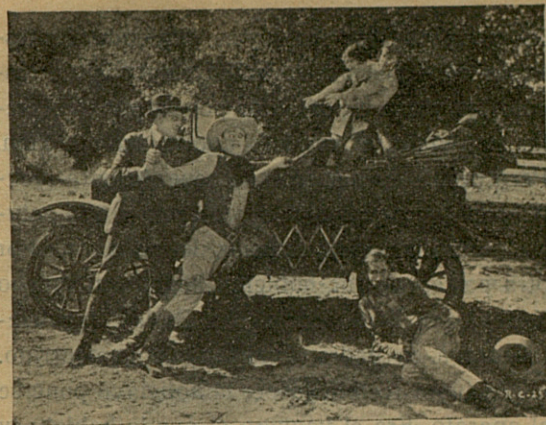
Ahora mismo la acompaño a usted a mi hacienda, donde hay de todo... menos aeroplanos. Pero diga cómo va usted vestida de aviadora por donde solo se encuentran vacas, caballos y los únicos que vuelan son los mosquitos.

—Muy sencillo, por la suprema razón de que he venido en un aeroplano y he sido asaltada entre las nubes por una pandilla de ladrones que iban también volando...

—Caramba, si adelantan las ciencias... Nosotros los vaqueros no podemos ni creerlo. Sólo comprendo una cosa, que haya usted caído de las nubes, por la razón de que desde pequeño me sé yo que los angelitos viven en el cielo...

—Cállese por Dios, que no es ahora momento para galanterías—dijo Doris, que ni confiaba mucho ni desconfiaba demasiado en las palabras y simpatía del gracioso y dicharachero vaquero que parecía sevillano o descendiente de tal al menos, como tantos emigrantes diseminados por tierras de América...

Mientras en este diálogo estaban los dos jóvenes entre los que pese a la mutua desconfianza, se había iniciado una creciente simpatía, los bandidos que habían igualmente aban-



Alrededor del Ford, se inició una lucha a muerte...

donado su aparato, les habían descubierto y agazapados los seguían la pista, ocultándose entre los matorrales que bordean el camino del rancho K. Poco tardaron en llegar a dicha hacienda, en la que hallaron a los vaqueros entretenidos en realizar ejercicios de habilidad en el manejo del caballo. De no haber sufrido Doris tan rudos trastornos, hubiera gozado viendo los alardes de equitación que aquellos hombres realizaban.

A los bandidos juntóse su jefe, Jim Allen, que

les preguntó por las joyas, debiendo contestarles ellos que no les había sido posible rescatarlas y que la joven las poseía por haberse las entregado el vaquero que la acompañaba. Pero pronto se pusieron de acuerdo para recuperarlas, recurriendo a la violencia y a la astucia, según las circunstancias determinaran. Por otra parte, así que hubieren llegado al rancho K, la joven Doris encargó a Buddy que telefonara a su padre, explicándole lo ocurrido. Con estupor recibió Jasper la noticia al ponerse al aparato. Era el vaquero el que le hablaba y le dijo:

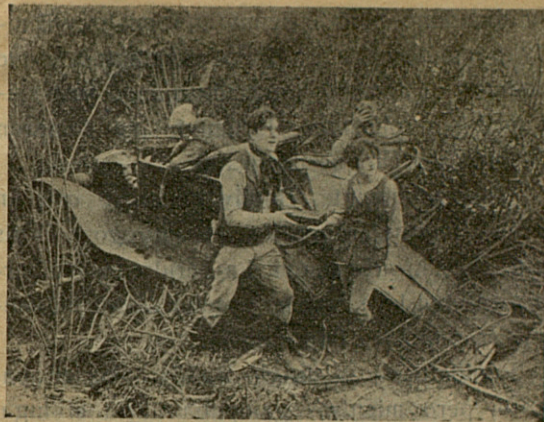
—Su hija, forzada a aterrizar en proximidad mi hacienda, ha perdido de momento las joyas, pero luego las ha vuelto a recuperar. El aparato está abandonado en pleno campo.

—Es increíble lo que usted me dice, joven vaquero... Es decir que los bandidos han arrebatado las joyas, hallándose el aviso en pleno vuelo. Trabajo me cuesta el creerlo. En fin, retírese del aparato no sin que antes le dé yo las gracias, que voy a telefonear inmediatamente a la policía para que tome sus medidas y caze a esta partida de malhechores.

Llegó la noche, y mientras Buddy velaba

junto a la habitación que había destinado a Doris, los bandidos empezaron a cercar la casa. Doris dormía tranquila porque la vieja negra que ejercía de cocinera le había dado excelentes informes de Buddy, diciéndola que ya podía juzgar de la bondad de su carácter, sabiendo que por su valor le llamaban todos el guapo del rancho K. Todo dormía en la hacienda y, a pesar de tener allí objetos de tanto valor, Buddy rindióse al cansancio de la jornada, pues había recorrido antes de encontrar a Doris todas las posesiones, por ser día de pago de jornales y, por tal, de gran ajeteo para el vaquero, como el encargado de pagar a los obreros que se hallaban diseminados en las faenas de tierras lejanas. Tan pronto Buddy quedó profundamente dormido, los bandidos se introdujeron cautelosamente, raptando a Doris. La joven despertó y opuso gran resistencia, lo que motivó que se despertara Buddy, pero los bandidos saltaban ya por la ventana con la joven y sólo pudo perseguirlos en la obscuridad. Pero, conocedor del terreno, llegó momentos después de ellos, a una casucha de los alrededores, tostamente decorada, y donde en algún tiempo había residido la administra-

ción de la hacienda. También la fiel negra había seguido a Doris, pero los bandidos la dejaron penetrar para atemorizarla y obligarla a que declarara dónde estaba el estuche. Inútil es decir que Doris lo había entregado a Buddy antes de retirarse a descansar. Este, al llegar a la cabaña, penetró con ánimo de defender a la joven, pero fué amordazado y atado a una silla por los bandidos, que le interrogaron también con ánimo de hacerle revelar en dónde ocultaba las piedras. Viendo que nada conseguirían los bandidos cumpliendo las órdenes de Jim Allen, trataron de llevarse a la joven en un auto, al que la trasladaron a viva fuerza; pero Buddy, sirviéndose de su lazo se deslizó con agilidad sorprendente hasta el auto, evitando que arrancara. Entonces, alrededor del coche, que era un sufrido Ford, se entabló una lucha a muerte en la que Buddy hacía frente a los bandidos, alentado por los gritos de socorro de la joven. Por fin los bandidos lograron arrancar, llevándose a la joven; pero Buddy, de un brinco montó en su caballo y les persiguió haciendo certeros disparos... tan bien dirigidos, que uno de ellos dió al bandido que llevaba el volante en un brazo y le obligó a



*Al destrozarse el coche de los bandidos
Buddy salva a Doris*

soltarle, chocando entonces el coche contra un árbol, destrozándolo. Buddy aprovechó de esta circunstancia para rescatar a la joven, mientras los bandidos se reponían del choque en el que alguno de ellos había resultado herido.

Inmediatamente Buddy cogió a Doris y la montó en la grupa de su caballo, pero la joven que estaba levemente herida por uno de los disparos que habían hecho los malhechores en respuesta de los que Buddy les hacía, cayó desmayada en sus brazos. Estaba bellísima en

su abandono, pero el tiempo apremiaba y Buddy lo que deseaba era darles caza antes de que llegaran al aparato, intención que se veía claramente al observar el rumbo que tomaron después del choque de su auto.

Afortunadamente, Buddy se cruzó con un grupo de vaqueros, a los que entregó a Doris para que la atendieran. La herida, sin embargo, era tan leve, que no pasaba de ser un simple rasguño sin importancia.

Rápidamente se dirigió Buddy hacia el aparato, pero mientras galopaba hacia el lugar donde había quedado instalado, los bandidos cayeron por sorpresa sobre los vaqueros, y, cosa increíble, les arrebataron la joven en una lucha desesperada... bien es verdad que no estaba Buddy entre ellos. Pero el caso es que ya tenemos a la desdichada Doris en poder de sus encarnizados enemigos; pero, afortunadamente, sólo Buddy sabía dónde el estuche estaba escondido...

Cuál no sería la sorpresa de Buddy al llegar junto al aparato y ver que trataba de remontar el vuelo. Saltó como una fiera sobre un ala, y desde allí, con el revólver, les intimó a que se detuvieran en el mismo instante en que

ya despegaba casi del suelo... Entonces surgió de la espesura que rodeaba aquel improvisado campo de aterrizaje, el sheriff, que, apuntando con su pistola a los bandidos, les obligó a desprenderse de la joven, que ya juzgaban segura presa... naturalmente creyendo que ella llevaba las joyas en su poder.

Cuando el sheriff atendía a la joven y Buddy se hallaba en un arroyuelo próximo recogiendo agua para reanimarla, los bandidos pusieron en marcha el aeroplano y remontáronse de nuevo... Otra vez Doris se hallaba en poder de los bandidos.

Tan inesperado rapto dejó perplejo a Buddy; pero inmediatamente reaccionó, dispuesto a emprender la persecución de los bandidos. Cuando llevaba recorrido buen trecho del camino, se detuvo para preguntar a los ocupantes de un automóvil que avanzaba en dirección contraria, si habían visto a un autoplano que volaba en busca de orientarse. Así lo hicieron éstos; pero por más que pusieron toda su buena voluntad, el aeroplano se había remontado en tal forma, que no pudieron precisar la dirección que había tomado.

Al trabar conversación con los ocupantes

del coche, se dieron cuenta de que entre ellos estaba el padre de la joven. De esto tomó conocimiento Buddy, al ver que el señor Jasper hacía determinadas preguntas, y al referirse a cierta joven, daba todas las señas de la joven Doris.

Buddy fué el primero en querer salir de dudas...

—Tal vez la joven que anda buscando es su hija...

A lo que contestó el padre de Doris:

—Es mi hija; y temo que la haya ocurrido algún contratiempo, por ser portadora de una gran cantidad en piedras preciosas...

—Entonces puede estar tranquilo, que las citadas piedras soy yo quien las tiene—dijo Buddy.

—Pues ya me está usted contando lo que ha ocurrido con mi hija, pues nadie mejor que usted puede saberlo.

—Su hija se halla sana y salva, y nada de particular le ha ocurrido, pues no ha recibido una sola herida...

—Entonces ¿en dónde se encuentra ahora?

—En poder de los bandidos, y a no sé cuántos metros de altura.



Buddy entrega a unos baqueros a Doris herida.

—¡Pobre hija mía! ¡Quién sabe si volveré a verla!...

—No se apure. Tengo una idea...

—Dígalas usted, señor vaquero...

—Me llamo Buddy y me llaman el guapo del rancho K.

—¡Por valiente!...

—Eso será...

—Entonces diga qué se le ocurre hacer para salvar a mi hija.

—Mi idea es que los bandidos, al creerse en

poder de la joven, la quieran obligar a que les comunique dónde están escondidas las piedras, para lo cual la llevarán a casa de usted.

—Tal vez tenga usted razón... Entonces ¿qué me aconseja usted hacer?

—En primer lugar, acompañarme a recoger el precioso estuche, y, en segundo lugar, volar a casa de usted, que es donde los bandidos se dirigirán en busca del tesoro que suponen se halla allí.

Así lo hicieron, y de manos de la fiel criada negra recibieron el precioso estuche en el que había depositados más de dos millones en piedras preciosas.

A la vista de aquella riqueza, Jasper abrió el corazón a la esperanza, pero le faltaba hallar todavía el otro tesoro, que era su propia hija.

Sin pérdida de tiempo, tomaron, en el auto del padre de Doris, el camino de la capital, y se plantaron allí con la velocidad del rayo... pero siempre hay el inevitable pero...

Como ya supondrá el lector, el aeroplano cubrió la distancia en mucho menor tiempo, y cuando el padre de Doris, acompañado de Buddy, emprendía el camino de la casa del

joyero, ya se hallaban en ella Doris, sana y salva, a pesar de la larga travesía, y los bandidos, entre ellos el desleal criado, que, conocedor de los secretos de la casa, hacía las veces de cicerone, orientando a sus cómplices. Sólo les faltaba conocer un detalle a los malvados: la combinación de la gran caja de caudales, en la que guardaba las joyas más preciadas el padre de Doris.

Pero para algo habían raptado a la joven. La colocaron frente a la caja y, apuntándole con una pistola, la conminaron a que revelara la combinación numérica de la caja, antes de que hicieran fuego.

No podía ser de otro modo, contaban ellos; pero no calculaban que la joven tenía más valor del que ellos podían suponer en una señorita. Doris se resistía a vender el secreto, y dispuesta estaba a sacrificar la vida antes que traicionar la confianza que en ella había depositado su padre.

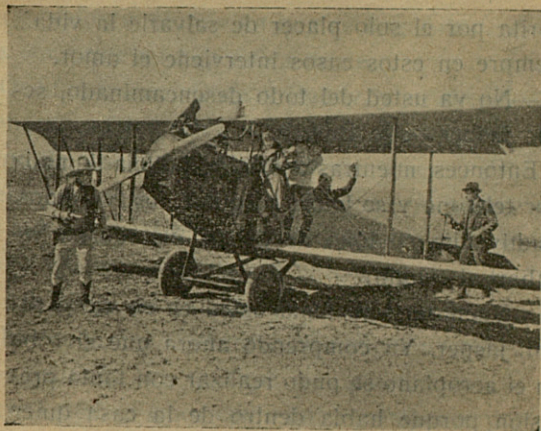
Cuando los bandidos, ya perdida la paciencia y temiendo que les sorprendiera la policía, se dieron buena maña en atormentarla. La cogieron por un brazo y empezaron a retorcerlo, hasta que la joven lanzaba gritos de agu-

do dolor. Mas no por ello consiguieron que revelará la combinación numérica de la caja. La joven seguía callando, y la desesperación de los ladrones era tanta, que uno de ellos, ya desenfundaba su revólver para dispararlo sobre la joven, cuando de un salto formidable penetró en la estancia el valeroso Buddy. La espectación que su inesperada presencia produjo entre los bandidos, fué formidable.

Pero Buddy supo aprovecharse de ella, y repartiendo tortas a diestro y siniestro, quedóse pronto hecho el amo de la situación. En las caras amoratadas de los bandidos, habían quedado impresos los cardenales de sus golpes formidables, señalando sus mejores golpes en los sitios más vulnerables de la cara. No faltaba el clásico "uppercut", que era un primer de colocación, y que, como a tan bien colocado golpe, había surtido su efecto fulminante en la mayoría de los bandidos.

El padre de Doris no cabía en sí de gozo, pues había logrado recuperar a su hija, no había perdido las valiosas piedras y de paso había disfrutado un rato de emoción, pues era ardiente partidario del deporte del boxeo.

—¡Bravo! — dijo el señor Jasper—. Com-



Entre el cherif y Buddy rescatan por segunda vez a Doris

prendo ahora qué le llamen a usted "el Guapo" del rancho, porque es usted la proveedora universal de mamporros...

—Señor, debe usted comprender que la joven se lo merece de sobras, y aun cuando me hubieran cháfado las narices, me daría por muy satisfecho, al haber sido defendiendo a una joven tan hermosa...

—Ya me ha parecido observar algo, señor Buddy, porque también he sido joven, y ya sé que un joven no se expone tanto por una se-

ñorita por el solo placer de salvarle la vida... siempre en estos casos interviene el amor.

—No va usted del todo desencaminado, señor Jasper—dijo Buddy.

Entonces, mientras acudía la policía llamada por teléfono y se hacía cargo de los bandidos, Buddy dijo en tono de guasa, cuando se llevaban al criado:

—Buen servicio tenía usted en su casa, señor Jasper. Ya comprendo ahora que el robo en el aeroplano se pudo realizar con tanta precisión porque había dentro de la casa quien dió el santo y seña a los ladrones de fuera...

—Pero de nada ha servido. Mi hija ha expuesto la vida, pero tendrá la compensación en que ha encontrado un hombre digno de ella y que es todo por conceptos honra para mí llamarle mi yerno.

—Señor Jasper, veo que usted precipita las cosas. ¿Ya sabe usted si su hija querrá por compañero de su vida a un humilde ranchero de la hacienda K?

—Me figuro que no tendrá duda en ello. Por de pronto, les dejo a ustedes solos, y pónganse de acuerdo. Ya me llamarán cuando hayan llegado a una conclusión definitiva. Por mi

parte, estoy conforme en que se hagan las cosas conforme mi hija única desee.

Quedaron solos Doris y Buddy, y un silencio embarazoso empezó a poblar el ambiente. Ninguno de los dos quería atreverse a ser el primero en hablar; pero Buddy que, en cuando se hallaba en los lujosos salones de la casa de su futura, se sentía tan libre y suelto como si cabalgara en su caballo por los prados de la hacienda, fué el primero en romper a hablar.

—Señorita, no quisiera yo que me concediera usted su amor como una recompensa por un acto que no la merece...

—Sería imposible para mí confesar amor, si no lo sintiera.

—¿Y es esta pasión sublime que nos eleva por encima de las vulgaridades de la vida lo que abriga usted respecto a mi persona?...

—Algo así debe ser, cuando al solo pensamiento de que puedo separarme de usted, se me entristece el alma, y me pongo con una melancolía que tiene cierto parecido con la muerte.

—¡Con la muerte!... —dijo Buddy, haciéndose el inocentón.

—Sí, porque parece que me despidió de una

de las más bellas ilusiones de mi vida; la felicidad, que es para mí algo más grande y digno de aprecio que la propia vida.

—Bueno, Doris. Usted, como jovencita de la capital, habla como una literata; pero yo, que he tenido más trato con látigos y espuelas, que con la retórica y poética, siento eso mismo que usted tan divinamente expresa, pero no sé darle la bella forma que toma al pasar por sus bellos labios...

—¿Mis bellos labios?...—

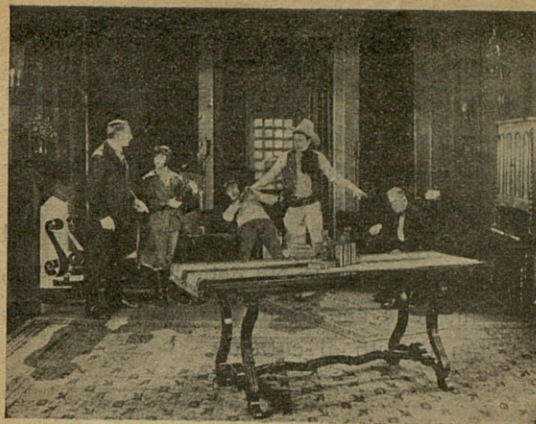
—Sí, Doris. He dicho sus bellos labios, y debería decir sus labios desafiadores...

—¡Desafiadores!...—dijo cándidamente Doris.

Buddy ya no pudo contenerse la candidez, tal vez aparente; mas algo fingida siempre en todas las mujeres, le exasperaba...

—Sí, Doris, dije desafiadores porque así como están al alcance de los míos, no besarlos, no sorber su miel, fuera indigno de aquel a quien llaman "el Guapo" del rancho K.

La acción era indispensable, continuadora de la palabra, y Buddy, enlazando el talle de Doris la besó repetidas veces con glotonería salvaje, como de hombre entero que jamás ha



Seguro estaba Buddy de pescarlos en casa de Gaspar

prodigado sus amores a manos mercenarias.

Cuando más embelesados se hallaban, en el dulce momento de cambiar el primer beso, apareció el padre de Doris, que aplaudió la escena, diciendo:

—¡Bien, hijos míos! Ya nada os he de preguntar. Es decir, sí sólo una cosa. ¿Cuándo es la boda?

—Cuando quieras, papaíto—dijo Doris, refugándose en dulce mohín de niña mimada en brazos de su padre.

—Pues por mí que no quede—dijo Jasper—. Ya podéis avisar al pastor.

Doris volvió a pasar de los brazos de su padre a los de Buddy, y mientras éste la besaba de nuevo, ella dijo con acento entrecortado por la inefable emoción:

—Ahora comprendo por qué te llaman "el Guapo" del rancho K. No debe haber otro que, como tú, sepa enamorar así tan a lo rústico, pero tan directo al corazón.

FIN

86

Biblioteca Encanto

TOMOS PUBLICADOS:

- 1 YO SOY COMO LA MANZANA
por CLOVIS EIMERIC
- 2 AMOR QUE NO MUERE
Traducción por RICARDO PRIETO
- 3 ¿DÓNDE HALLAR UN NOVIO?
por CLOVIS EIMERIC
- 4 LA VENGANZA DEL AMOR
por ANTONIO GUARDIOLA
- 5 EL HERÓICO DON JUAN
por CLOVIS EIMERIC
- 6 CORAZÓN DORMIDO
por RICARDO PRIETO
- 7 ZAPATO QUE YO ME QUITO...
por CLOVIS EIMERIC
- 8 AGUA MANSA
por RICARDO PRIETO
- 9 LA NOVIA DEL ASESINO
por CLOVIS EIMERIC
- 10 CORAZONES UNIDOS
por PEDRO NIM

PRECIO: 60 CÉNTIMOS